

CAPÍTULO XXIX

ARMISTICIO DE PUNCHAUCA

AÑO 1821

Estado político y militar en 1821. — Resolución salvadora de los jefes españoles en el Perú. — Coincidencias históricas. — Antagonismos políticos y militares entre los realistas. — Deposición del virrey Pezuela. — La Serna le sucede en el mando. — Triste situación de los realistas en Lima. — La epidemia diezma el ejército independiente en Huaura. — Fortaleza de ánimo de San Martín. — Llegada de un comisario regio al Perú para buscar la paz. — San Martín abre operaciones sobre la sierra y los puertos intermedios. — Estrecha el sitio de Lima. — Nueva política de los liberales españoles respecto de América. — Famosa proclama-manifiesto de Fernando VII á los americanos. — Examen de esta política y sus resultados. — Bolívar ajusta en Colombia un armisticio y un tratado para regularizar la guerra con Morillo. — Bolívar y Morillo fraternizan. — Colombia envía diputados á España para tratar de la paz. — Se rompe el armisticio de Colombia. — Carácter de la revolución de Méjico. — Aparición de Itúrbide. — El Plan de Iguala. — Armisticio de Punchauca. — Entrevista de San Martín con La Serna. — San Martín formula un plan de pacificación sobre la base monárquica. — Prorrogación y rompimiento del armisticio. — Ultimátum confidencial de San Martín. — La guerra bajo la bandera de parlamento. — San Martín se decide por la guerra. Explicación de su conducta. — El ejército español evacua Lima. — Actitud de San Martín en esta ocasión. — Entrada modesta de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto. — Inacción de San Martín. — Inspiraciones salvadoras de los realistas. — Errores militares de San Martín.

I

Á principios de 1821, — cuatro meses después de abierta la campaña de la expedición libertadora, — la causa realista parecía perdida en el Perú. « El edificio español-peruano se

desmoronaba, anunciando su total ruina », según confesión de un historiador español, actor en los sucesos (1). La revolución sud-americana consolidada en el sud del continente, avanzaba triunfante por el norte. El ejército de Lima, aquejado por la miseria y reducido á la impotencia, apenas podía sostenerse en su posición y no tenía más prospecto que capitular. El ejército del Alto Perú, debilitado para reforzar al del Bajo Perú, permanecía inactivo en sus posiciones. El ejército de reserva, situado en las intendencias del sud del Perú, habíase fraccionado para hacer frente á la expedición de Arenales. Ricafort, vencedor de las bandas desordenadas de indios de la columna de la sierra, se había retirado á Lima después de evacuar el valle de Jauja. La insurrección de la sierra, tan inconsistente como era, dominaba el centro del país, y las guerrillas de los alrededores de la capital la estrechaban y hostilizaban eficazmente hasta privarla de alimentos. El virrey Pezuela, en junta de generales, había « significado » sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del país « en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar superiores » (2). El general en jefe del ejército del Alto Perú, relegado en Puno, declaraba terminantemente á su gobierno: « Los progresos de los enemigos y decadencia de nuestros » medios para contrarrestarlos, no tienen remedio, si luego, » luego, y cuanto antes, no se envían auxilios peninsulares, » y entre éstos seis buques de guerra, de ellos tres navíos; — » todo esto sin perjuicio de remitir las tropas y demás socorros sobre Buenos Aires, si se ha de poner término á esta » desastrosa y desoladora guerra, que ya se abomina hasta » el nombre. Sin los auxilios que se necesitan, con la mayor

(1) Camba : « Memorias », etc., t. I, pág. 343.

(2) Representación documentada del general Valdez, apud. Camba, « Memorias », t. I, pág. 373.

» exigencia y prontitud, se pierde irremisiblemente la América » (3).

Todo esto, que hace el elogio de San Martín como general y como político, quien con tan escasos elementos había obtenido tan grandes ventajas, realza más la energía de los jefes españoles, que en tan desesperada situación, inhábilmente mandados en lo militar y en lo político, aislados y abandonados por su metrópoli, supieron sacar fuerzas de flaqueza, y levantar de nuevo con bizarría las banderas abatidas del rey de España, prolongando la guerra por cuatro años más con sólo los recursos del país.

Por una singular coincidencia, esta valerosa resolución, tomaba por fundamento un antecedente histórico que se liga en cierto modo con la vida militar de San Martín en España. Es el caso, que muerto el coronel Menacho, antiguo jefe de San Martín en la Península, mientras sostenía en 1811 el sitio de Badajoz, una junta de guerra que se reunió inmediatamente, votó en mayoría por la rendición, y sólo uno por la resistencia. La plaza capituló en consecuencia. La Regencia, con aprobación de las Cortes, declaró en 1812, que « mien- » tras hubiese en una plaza un oficial que opinara por la de- » fensa, aun cuando fuese subalterno, no se capitularía, y se » encargara del mando en el hecho el mismo oficial que así » opinase ». Apoyados en esta teoría legal, los jefes del ejército español del Perú, sostenían tener el derecho « á resis-

(3) Ofi. del general Ramírez Orozco, de 1.º de enero de 1821, antes cit., y reproducido por Camba en sus « Memorias », t. I, pág. 374 y sig. — El virrey Pezuela en su « Manifiesto », cit., pág. 22 y 26, estampa casi textualmente las palabras de Ramírez Orozco : « Esta (la pérdida de la » preponderancia marítima en el Pacífico), es el origen de nuestros pre- » sentes conflictos, y lo será de la pérdida total de la América, si no se » verifica el arribo de fuerzas navales. Sin el dominio del mar es imposi- » sible salvar estos países. El problema de la conservación de América, » se ha de resolver en la Península ».

» tir abiertamente el pensamiento de rendir las armas antes » de probar fortuna » (4).

Por otra coincidencia, que obedecía á la lógica, el general, que según el juicio de un historiador universal antes citado (5), había dado nueva fuerza impulsiva á la lucha hispano-americana, al trasponer los Andes y dar la señal de la guerra ofensiva en 1817, reaccionando sobre España misma, y contribuido así por doble y recíproca acción refleja á promover la revolución liberal de 1820 en la metrópoli, era el mismo que se encontraba en el Perú, en presencia de uno de los resultados de su acción inicial. La expedición libertadora del Perú, coincidía de este modo, con el movimiento liberal transportado de la metrópoli á sus colonias, y al penetrar en las filas de los ejércitos realistas, debilitaba por una parte la autoridad política, si bien por otra retemplaba la acción militar, pero á costa de las fuerzas propias, que se desperdiciaban en su roce. Hay que reconocer, que esta circunstancia, favoreció la atrevida empresa de San Martín sobre el Perú, como hay que reconocer, que él había contribuido á producirla, y que supo aprovecharla por el momento.

II

Ya se ha visto (cap. XXV, § VIII) cómo el amago de la expedición chileno-argentina sobre el Perú, provocó una desinteligencia entre el virrey Pezuela y el general La Serna, y entre los absolutistas y constitucionalistas españoles que representaban en el orden militar un partido político y una

(4) Camba : « Memorias », t. I, pág. 372.

(5) Gervinus : « Histoire du XIX^e siècle », t. VI, pág. 150.

fuerza, complicándose esta situación con el antagonismo entre realistas indígenas y peninsulares armados. La invasión del Perú por San Martín, las desacertadas medidas del virrey para contrarrestarla, la flojedad con que fué conducida la guerra en tal ocasión y las ventajas obtenidas por los independientes, ahondaron esta profunda división. La desmoralización de la opinión, el desprestigio consiguiente de la autoridad suprema de la colonia y la relajación de la disciplina, acabaron por determinar el divorcio entre el virrey y el pueblo y el ejército. Llegó á generalizarse la creencia, de que « los leales estaban vendidos »; que « en el gobierno no había plan ni capacidad para hacer conjurar la tempestad »; y se formó la conciencia de que por ese camino « se iba derecho á una capitulación vergonzosa », que la mayoría del ejército resistía abiertamente (6). Estos resultados, á que concurrían los mismos jefes militares que los deploraban, enervaban el mando y destemplaban los resortes de la obediencia, á la vez que creaban una situación, que no tenía más salida que la derrota pasiva ó la resistencia activa. Antes de apelar á los medios extremos, los jefes liberales, dirigidos por La Serna é inspirados por Valdez, redujeron al virrey á crear bajo su presidencia una « junta directiva de la guerra » con voz y sin voto en ella, que al fin se redujo á la función de meramente consultiva, pero que quedó siempre como una rueda inútil en la máquina militar, que más paralizaba que activaba su acción. La inacción del virrey ante la invasión, las vacilaciones para tentar hostilidades sobre Huaura, y más que todo, las órdenes y contra órdenes para llevar un ataque sobre San Martín, cuando éste avanzó atrevidamente sobre Retes, acabaron por determinar la crisis que venía preparada de tiempo atrás. La deposición del virrey quedó resuelta por la logia militar de los constitucionalistas.

(6) Camba : « Memorias », etc., t. I, pág. 355 y 369.

En la noche del 28 de enero (1821) La Serna se retiró del campamento de Asnapuquio. Al día siguiente, Canterac y Valdez pusieron el ejército sobre las armas, y sus jefes, reunidos en junta de guerra, intimaron al virrey « entregase » el mando supremo en el término de cuatro horas, por exigirlo así la suprema ley de la salud de los pueblos, como « único medio de evitar disturbios y conservar á la España el Perú, que en sus manos estaba perdido, en la inteligencia, que estaban tomadas todas las medidas para que se cumpliera o resuelto á fin de dejar bien puesto el honor nacional. » Pezuela, dominado por la fuerza y vencido ante su propia conciencia, resignó el mando y contestó con dignidad en el mismo día : « Sálvese la patria y sálvense mis compañeros » de armas, que es lo que importa, y sea todo más feliz bajo el gobierno del Sr. La Serna ». Así quedó consumado el movimiento lealista-liberal conocido en la historia con el nombre de « sublevación de Asnapuquio », que prolongó por cuatro años más la guerra hispano-americana en el Perú (7). Los constitucionalistas españoles armados, al asumir esta actitud en nombre de los derechos de la madre patria, viéronse más tarde obligados por la lógica de sus deberes, á mantener en alto la bandera del rey absoluto en pugna con la independencia americana y con sus principios. Como ellos mismos lo han declarado por el órgano de su historiador : « Fiados en su patriotismo y en su propio aliento, no pudiendo conformarse con permanecer inactivos para verse necesariamente estrechados á capitular, quisieron prolongar la resistencia y probar fortuna, como entendían se po-

(7) « Manifiesto del virrey Pezuela ». — Representación documentada del general Valdez al Rey, cit. — En un folleto, impreso en Río de Janeiro en 1821, se dan noticias sobre el carácter y cualidades de los jefes que encabezaron el movimiento. Su título : « Rebelión de Asnapuquio, etc., Escrito por el Ingenuo ».

» día » (8). Y lo hicieron como lo dijeron, á fuer de soldados españoles.

Antes que se definiese claramente el carácter de esta variación, el nuevo virrey invitó confidencialmente á San Martín á una entrevista entre dos jefes superiores por parte de cada ejército, con el objeto de « hallar un medio, que conciliase » y terminase las desavenencias entre españoles americanos » y europeos, lo que, según él, podría verificarse en término » de veinte y cuatro horas, si se obraba de buena fe para arreglar las bases esenciales ». San Martín contestó : « Tendré una satisfacción superior á cuantas he sentido en mi vida pública, si al fin se acierta con el medio de conciliar los intereses de los españoles con los derechos de los americanos, ahorrando las calamidades que á todos amenaza, si se abandona al orden lento de los sucesos, la obra que podrá muy bien acelerar la prudencia humana, ya que no haya un poder capaz de detener el impulso que los dirige ». Por parte de San Martín, fueron nombrados Guido y Alvarado, y por parte de La Serna, Valdez y el coronel Juan Loriga. Reunidos en la hacienda de Torre-Blanca (Retes) los jefes españoles, en nombre de las ideas liberales comunes á ambos mundos, renovaron las proposiciones de Miraflores un tanto modificadas, bajo la base de la aceptación de la constitución española. Los independientes declararon, que era inútil toda discusión que no partiese de la base del reconocimiento de la independencia del Perú, sobre la cual únicamente estaban autorizados á fijar preliminares de paz. Agotada la discusión, Alvarado, dirigiéndose á Loriga, le dijo : — Coronel : el señor Valdez y mi compañero Guido parecen más diplomáticos que nosotros : dejémoslos que discutan el tiempo que quieran, y vamos á dar un paseo por estas

(8) Camba : « Memorias », etc., tomo I, pág. 380.

inmediaciones. — Esta franca invitación fué bien recibida, y ambos salieron dándose el brazo. En el curso de la conversación que tuvieron, Loriga, ó por cálculo ó con la franqueza que le era genial, manifestó á Alvarado : — que era posible que muy pronto abandonasen la ciudad de Lima, para trasladarse á las provincias de abundantes recursos y temperatura sana de la sierra, contando que, en cuatro ó cinco meses más batirían con ventaja á los independientes donde quiera que éstos los buscasen. — Esta confidencia, fué el único resultado de la entrevista (9).

Á pesar de esto, las aberturas pacíficas hechas por el gobierno constitucional de España, hicieron concebir la esperanza de un acomodamiento sobre la base de la independencia de las colonias insurreccionadas con el consentimiento de la metrópoli y con el concurso de liberales españoles en América, mediante una combinación monarquista, tal como se operó en el Brasil y en Méjico, — según se explicará luego, — creyéndose posible se efectuara igualmente en el Perú. De aquí provino el acercamiento pacífico de independientes y realistas en Colombia, en Méjico y el Perú, y las negociaciones sobre la base independiente y monárquica de que se dará cuenta en este capítulo.

III

La variación en el mando no mejoró la condición de los realistas, ni la guerra fué dirigida por el momento mejor que

(9) « Memoria hist. biog. » de Alvarado. M. S. Arch. San Martín ; vol. LXXII. — Cartas cambiadas entre La Serna y San Martín en febrero de 1821, y ofi. de los comisionados Guido y Alvarado, de febrero 23 del mismo año. Véase Col. de « Docs. Hists. » de Odriozola, t. IV, páginas 243-245.